

una observación, creemos que hubiera sido interesante que el A. se hubiera detenido más detalladamente en el estudio de las relaciones e influjo de San Alberto Magno en Santo Tomás. Ello le hubiera permitido aquilatar en las conclusiones, cuándo Santo Tomás bebe directamente en las fuentes árabes y judías y cuándo, en cambio, es deudor de la inmensa erudición de Alberto Magno. Al A. no ha pasado inadvertida la importancia de este estudio, pero cree, por lo vasto y arduo del tema, que ello podría ser objeto de un trabajo aparte, aunque ciertamente relacionado con el suyo.

Basten estas breves notas para llamar la atención sobre el alto interés de este estudio monográfico.

FERNANDO SÁNCHEZ-ARJONA

L. BOUYER, *Diccionario de Teología*, Barcelona, Herder, 1968, 654 pág.

Traducida del original francés: *Dictionnaire Théologique*, por Francisco Martínez, la editorial Herder nos ofrece esta obra del P. Luis Bouyer, prestigioso escritor en el campo de los temas teológicos y litúrgicos. Si necesitara más presentación, diríamos que es uno de los treinta miembros designados este año para la Comisión teológica de la Iglesia Católica. Colabora con él en la redacción de algunos artículos filosóficos que llevan sus iniciales el también Oratoriano Michel Birollet.

En estos años en que, a pesar de todo, la teología parece estar de moda, va abundando este tipo de obras. Son conocidos los diccionarios de Parente, de K. Rahner y H. Vorgrimler y, ahora el del P. Bouyer que, si los sumamos a los diccionarios de la Biblia y de filosofía parecen responder a un método de trabajo sugestivo para la mentalidad actual.

En cuanto a la obra que reseñamos, el autor nos dice en el prólogo su propósito: "Nos hemos propuesto en primer lugar presentar el sentido exacto de las expresiones teológicas en los términos más simples y accesibles a todos. Además nos hemos esforzado en exponer en términos igualmente inteligibles a los no especialistas, una síntesis sucinta de la doctrina católica, partiendo de cada uno de sus términos clave. Con ello hemos querido prestar un servicio primeramente a los predicadores y catequistas, proporcionándoles, a propósito de cada cuestión capital, una exposición muy breve, pero que contiene lo esencial de lo que es necesario saber para comprender y explicar correctamente las doctrinas católicas. Con ello nos hemos propuesto también ayudar a los estudiantes de teología, permitiéndoles una visión de conjunto de cada cuestión, reducida a sus líneas esenciales como introducción al estudio detallado de los cursos de los manuales. Quizás también una obra tan simplificada pudiera evitar a escritores o periodistas (incluso católicos), caer en algún error, permitiéndoles informarse con una simple ojeada del sentido de los términos que emplean cuando tratan de estos temas (pp. 11-12)".

Creo que ha conseguido muchos de sus propósitos. El tratamiento de los temas es, en efecto, alegre, vivo, exacto, con dominio, resultando jugosos por el abundante y connatural manejo de las Fuentes, de la Sa-

grada Escritura principalmente, pero también de los Padres, del Magisterio, de los teólogos, de la historia, en ágil simbiosis que lleva por igual a deducir ideas de los textos, o a apoyar los conceptos en las autoridades. Creemos que muchos artículos, los más extensos, —y algunos lo son bastante para un diccionario manual—, son redondos y resumen magníficamente el tema, siendo enormemente sugerentes. La construcción teológica es sólida y fiel a la tradición, aunque renovada por los modos de expresión de nuestro tiempo. Las opiniones de escuelas y autores suelen presentarse insinuando con claridad la libertad de pensamiento. Es cierto que hay expresiones o enfoques que se podrían discutir. Al hablar de la Encarnación (p. 239) la describe: Acto por el cual el Hijo de Dios hizo suya la *humanidad* tomando un alma y un cuerpo de hombre. Según los destinatarios del libro conviene ser enormemente cauteloso y preciso en los términos que se emplean para no dar lugar a equívocos.

Otro valor muy importante de la obra es la integración armónica de los distintos aspectos conexos que una misma voz teológica sugiere. La verdadera labor del maestro es ver la ciencia en sus raíces, en su unidad orgánica, trasponiendo la dispersión de datos y la multiplicidad desconcertante, sabiéndola expresar en formulaciones limpias e inteligibles a los niveles necesarios.

Sin embargo, cabe preguntarse: desde la perspectiva de los destinatarios, ¿es tan clara la síntesis, que pretende ser plenaria en su brevedad? Pedagógicamente, estos resúmenes dicen todo eso al que no está bien familiarizado con la ciencia de la fe?

Entre las cosas que nos sugieren reparo está el que, a veces, se deslizan vocablos bastante difíciles de comprender, por ejemplo, en la palabra *Agnosticismo*, p. 38, lín. 36: *Asintótico*. Probablemente no muchos conocen la etimología griega y el significado de este término. Otras, es la cita aberrante del uso común teológico, al menos en la traducción española: Egidio Romano es citado por el nombre francés *Gilles* de Roma, en la voz *Augustinismo* p. 44, lín. 22

El capítulo de las citas podría mejorarse mucho. Hay un bailoteo de números que desconcierta si se busca comprobar la doctrina en los textos apuntados. Por ejemplo, en el artículo *Adopción sobrenatural*, p. 33, lín. 8 de la voz, el texto de Os 1, 1 debe ser el 1, 10; en la pág. 34, lín. 16, el texto de Rom 13, 29 debe ser el 8, 29. En las líneas 27-28, la cuestión de la Suma Teológica, III q 33 a. 2 ad 3, no es la 33 sino la 23.

También se aprecia escaso apoyo en el Concilio Vaticano II; hay extremos que hubiesen dado oportunidad de nuevas voces actuales en teología, v. gr., carisma, colegialidad episcopal, fraternidad sacramental, presbiterio, sentido de la fe, unidad de vida, etc. O la ausencia de voces hoy necesitadas de una explicación clara, tales como transfinalización o transsignificación, que aunque parece vienen aludidas al hablar de la transubstanciación, nada se dice sobre ellas y podrían haberse substituido a otras más arcaicas, por ejemplo, *cábala*. Acaso podría apuntarse como otra mejora el uso de términos concretos con preferencia a los abstractos, por ejemplo, Descartes, en lugar de Cartesianismo..

Tengo la impresión de que estos diccionarios son como el fichero de trabajo de un maestro que lo pone a disposición de todos; y el trabajo personal, como el saber, es algo singularísimo, con su *αἰσθησις* cultural o científica peculiar, su método, su campo de especialización, sus preferencias, etc., que influyen poderosamente en el perfil de la obra. Pero sigo pensando que está por hacer, y es muy necesario, *el diccionario de teología*, ese gran instrumento auxiliar tanto del profesional, maestro o alumno, como del profano necesitado de un concepto claro, en el que se encuentren a mano de manera rápida aunque breve y precisa, cualquier dato de teología y de las ciencias auxiliares, de historia, de geografía, de autores, de sistemas, etc., que hagan manejarse con soltura y seguridad a los que se mueven en este campo apasionante e inmenso.

A pesar de estos reparos debo decir que esta obra hace honor y responde al autor, y se lee con satisfacción y provecho. Agradará a muchos su publicación en nuestra lengua. El saldo es altamente favorable.

JESÚS SANCHO

PIERRE LECOMTE DE NOÛY, *De la Ciencia a la fe*, Guadarrama, Madrid, 1969, trad. del francés de Antonio Parapar Fernández, 332 pp., prefacio del doctor Alfredo Delaunay.

*De la ciencia a la fe* recoge doce ensayos escritos por el biólogo francés Pierre Lecomte de Noüy entre 1929 y 1945 y presentados en orden cronológico. Nacido en un ambiente agnóstico, en 1883, Lecomte de Noüy se trasladó gradualmente hacia un teísmo un tanto vago y muy al final de su vida se hizo católico. Murió en 1947. Algunos de los ensayos aparecieron impresos por vez primera en 1964.

El título no es del todo acertado ya que sugiere una discusión de relaciones entre religión y ciencia que sólo se da en los ensayos noveno, décimo y undécimo. Hay dos estudios sobre el tiempo y el ritmo vital humanos. Los restantes artículos versan sobre método y epistemología científica ("Espejismos de la ciencia", "Nuestro universo y su imagen", etc.). Lecomte de Noüy insiste sobre la utilidad del análisis químico en el estudio de la vida. Insiste también en los misterios, por lo menos temporales, dentro de la ciencia. Por otra parte, reafirma el carácter supervisor de la biología respecto de las demás ciencias que sólo estudian la vida de modo fragmentario.

En cuanto a la religión es tesis capital de Lecomte de Noüy que la evolución ha sido mal interpretada tanto por científicos como por teólogos. La evolución en realidad mostraría un claro carácter teleológico e implica una mente o espíritu (o sea Dios) que ha concebido los fines en cuestión.

Los presentes ensayos no se escribieron originalmente como unidad. Por tanto tienen mucha repetición. Para obtener una idea adecuada de su contenido, quizás bastaría con leer "La evolución de las ciencias